

Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:
Una película sin malo

Autor/es:
Fernán-Gómez, Fernando

Citar como:
Fernán-Gómez, F. (1999). Una película sin malo. Nosferatu. Revista de cine.
(31):90-91.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41157>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



donostiakultura.com



Champ

Una película sin malo

Fernando Fernán-Gómez

Champ (1931) lana obra txikitzat hartzen da King Vidor-en filmografiaren barruan. Eta hori da, hain zuzen ere, bere koalitate handienetako bat: bertan gertatzen den guztia egunerokoa da, benetakoa, egia.

Cuando mis amigos del colegio o del barrio y yo le contábamos **Champ** (*The Champ*, 1931) a alguno que no la había visto teníamos que explicar que en aquella película no había malo. ¿No era el malo *Champ*, que se emborrachaba y era jugador? No, no, era muy bueno. Era el bueno. Y también era el bueno Dink, su hijo. Entonces, ¿el malo era el señor rico que se había casado con la madre de Dink cuando ella se divorció de *Champ*? No, de ninguna manera. Las pocas veces que salía aquel señor en la película no parecía malo sino un señor normal, bien educado, que quería a su esposa y que -esto se intuía- acabaría queriendo al hijo del primer matrimonio de ella, aunque no fuera hijo de él. Daba la impresión de ser un señor rico de derechas -en aquel tiempo los chicos estábamos politizados-, pero bueno. ¿La mala era la madre? ¡Era buenísima!

La alta crítica y la baja y la media han considerado **Champ** como un melodrama. Así hay que tomarlo. Y así se tomó cuando Zeffirelli afrontó el peligro de hacer una segunda versión. "*Zeffirelli se enfrenta con un melodrama sin tapujos: rodará un remake de Champ, la película de King Vidor*", podía leerse en cualquier periódico o revista especializada.

La "rara" película de King Vidor, podría decirse. Rara por ser de King Vidor, el de **...Y el mundo marcha** (*The Crowd*, 1928) y **Aleluya** (*Hallelujah*, 1929) y muchos años más adelante la magnífica **Duelo al sol** (*Duel in the Sun*, 1946) y la dudosísima **Guerra y paz** (*War and Peace / Guerra e pace*, 1956). Pero todas ellas, las mencionadas, muy cercanas al cine-gran ópera, aun en algunos casos, ópera-ópera (**Aleluya** o **Guerra y paz**, tan distintas en cuanto a imagen, tan iguales en cuanto a ópera), en otros ópera-Brecht (**Y el mundo marcha**), en otros ópera-western (**Duelo al sol**, con sus ecos de **Billy the Kid**-Aaron Copland).

En **Champ** no hay ópera, ni siquiera asoman Weill y Brecht; ni por lo más remoto. Los ricos no tienen la culpa de todo. Ni tiene la culpa de nada el resentimiento de los pobres. Casi podría decirse, anticipándose un poquito a Sartre, que la culpa no existe.

El ambiente es miserable, se respira suciedad y carencia de lo más elemental. Pero el testigo del mundo, mi lejanísimo amigo Jackie Cooper, Dink, aquí hijo de un borracho, jugador, boxeador derrotado, disfruta lo que llamamos el placer de vivir. En el espléndido diálogo con su desconocida hermana, él sabe lo que es el hambre -lo que hizo imposible, inverosímil, que "la bella durmiente" no despertara-, la hermana, que vive en el mundo de los ricos, no lo sabe, es una sensación que no le ha llegado y que le hace inferior a los ojos de su hermano.

En el historial de King Vidor, **Champ** es una obra menor. Y ése es precisamente uno de sus encantos, si no el mayor. Todo lo que en **Champ** sucede es verdad, no es deliberadamente espectacular, es cotidiano, o tiene tal conseguidísima apariencia; y es conmovedor.

Como para otros **Cantando bajo la lluvia** (*Singin' in the Rain*, 1952) o **La carga de la brigada ligera** (*The Charge of the Light Brigade*, 1936), para mí **Champ** tiene la cualidad de colocarme en la intemporalidad, ese imposible tan deseado, que impulsó a pactar con el diablo en la Edad Media al doctor Fausto, y ya en nuestros tiempos a tantas y tantas señoras y señoritas a abarrotar los centros de cuidados estéticos y a tantos y tantos creyentes a incorporarse en sectas y más sectas que aseguran, o garantizan, mediante un módico estipendio, el regreso a la añorada juventud, incluso una resurrección.

Me he sentado hace unos días frente al televisor dispuesto a presenciar el desfile de las viejas imágenes de **Champ**, hoy, ya, con el colmillo retorcido del profesional. Melodrama. Trucos de guión. El padre, borracho, jugador, irresponsable, tiene que resultar simpático. Ni por un momento debe dejar de pensarse en el público, porque él debe aportar el dinero para que años más adelante King Vidor pueda seguir haciendo sus grandes óperas.

Y han comenzado a desfilar en la pequeña pantalla las sucias, emborronadas, cotidianas imágenes de ese montón de seres derrotados, sin que ni el guionista ni el director nos pidieran que fijáramos nuestra atención en ese dato. Sólo querían que viéramos a esos dos actores, el hombre Wallace Beery y el niño Jackie Cooper, transformados por el milagro del arte de personajes en personas y enlazados por el tan encomiado, podríamos atrevernos a decir manoseado, sentimiento del amor, porque **Champ** es una película de amor.

Sí, el niño Jackie Cooper está enamorado de su padre, el desperdicio Wallace Beery. Y **Champ** (Wallace Beery), el desperdicio, comprende que con él el niño

Jackie Cooper no llegará a nada, no conseguirá salir de la pocilga, la pocilga en la que el niño parece que no se encuentra mal. Pero su padre, el inconsciente **Champ**, el borracho, el jugador, el fracasado, conserva un resto de conciencia que le impulsa a tomar la decisión más adecuada: se muere.

Y he recuperado yo, sin intervención de Mefistófeles, una parte de mi lejana adolescencia, porque he visto ahora la película con el mismo interés, el mismo apasionamiento, la misma congoja, la misma humedad en mis ojos, que cuando, recién estrenada en Madrid, la vi, con un grupo de amigos, de mi colegio o de mi barrio. Fue la única vez en la que nos gustó una película de amor.